

ya no era el piano que le hizo familiares las sonatas de Beethoven, los conciertos de Mendelshson y las canciones de Schubert. ¿Qué gentes serían aquellas? ¿Qué nuevas ilusiones habrían brotado desde que él vió muertas las suyas, al pie de aquellas rejas? Pensó en esto un instante. Luego, reflexionó sobre lo que le pasaba, maravillado de aquella indiferencia que le permitía recordarlo todo sin que le temblase el corazón. Largo rato estuvo sin darse cuenta del por qué de aquel desengaño. Tiempo y tiempo había mantenido viva en la memoria la poesía de aquella ilusión, soñando con vivirla realmente en el escenario en que se produjo, creyendo que la vista de las cosas, si no ya de las personas, renovaría plenamente la emoción de antaño; y ahora, realizado el ensueño, ante los objetos que más podían avivar los sentimientos que le llenaron el alma, sentíase frío, mudo contemplador de imágenes que parecían como de un mundo extraño.

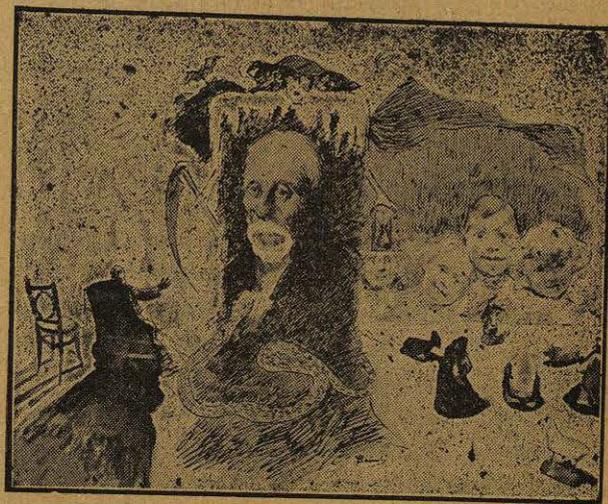
Lentamente, volvió sobre sus pasos, alejándose de aquellos sitios. Y de pronto, cuando ya lo había dejado de ver, comprendió la profunda labor del tiempo y el inmenso engaño de la ilusión, que perdura en la inteligencia cuando ya en el sentimiento ha borrado hasta sus huellas más insignificantes el eterno mudar de la vida, que repasa sus caminos y deforma las pisadas de sus años voladores con la impresión de los que les suceden llenos de emociones nuevas.

Con un ligero sabor de melancolía en el alma por aquella desilusión, que para él era nueva, aunque eternamente se repite en el mundo, Guillermo volvió á las calles bulliciosas de la ciudad; y, entonces, importándole ya poco ser perturbado por otros espíritus, fué á buscar á sus compañeros de juventud. Con ellos habló del pasado, serena, alegremente; y cuando uno de ellos citó nombres que él creía no poder escuchar sin turbación, los oyó tranquilo. Pero al día siguiente, hizo de

nuevo su equipaje y salió de la ciudad. Le habían hablado de encuentros posibles y prefirió conservar aquel último resto de ilusión, á sentir otra vez, como ante las cosas había sentido, el desengaño de los recuerdos, la rotura silenciosa y definitiva de las pompas de jabón que durante muchos años le habían poetizado la vida con el iris de sus luces engañosas.



CUENTO DE REYES



En el amplio despacho, de severo y modesto mueblaje, hallábase reunida toda la gente de casa en torno á la chimenea, donde ardía el cok en hoguera vivísima de un rojo intenso. Los cuatro niños—el mayor de ocho años—habíanse sentado en el suelo y charlaban sin cesar, arrebatándose la palabra, entregados á una de esas improvisaciones imaginativas con que la niñez

adorna y acrecienta la realidad futura de las cosas que desea febrilmente y quisiera ver cumplidas al instante. Mucho más cerca del fuego, el abuelito, que apenas si lograba templar el frío implacable de los años, escuchaba con sin igual delicia, encogido en la mullida butaca, aquel hablar impetuoso, signo de vida pujante que por todos lados brota y se manifiesta en todas ocasiones; y de vez en cuando, cruzaba miradas de inteligencia con la madre, que de pie, al lado del balcón, pretendía leer un periódico y á cada paso lo dejaba para atender á los niños.

Anochece prematuramente. El cielo, cubierto de nubes de un gris plateado que amenazaban resolverse en nieve, adelantaba el crepúsculo y entristecía los últimos momentos de la tarde. El soberbio horizonte que desde el balcón se dominaba—horizonte de valles y cerros, terminado en altísimos montes—se iba borrando con velos de niebla suavísima, que apagaba más y más el verde desmayado de las praderías y esfumaba las masas oscuras, de un tinte carmineo, á veces, de los árboles desnudos de hojas. Y en medio de la dulce alegría que á la madre y al abuelo llevaban á cada instante la presencia de los pequeños y el timbre de sus voces queridas, notaban ambos que una mortal tristeza les iba invadiendo el espíritu, tristeza emanada á la vez de la naturaleza ensombrecida y de los recuerdos de pasadas amarguras. Cada disminución en la luz crepuscular, les echaba en el alma un nuevo velo de negruras; y sin decirselo, sentían que á cada momento, aquel cariño de ambos que se juntaba sobre las inquietas cabecitas de los niños, impregnábase de un dejo de compasión irresistible, como si en vez de enviarles la frescura de vida, se doliesen de verlos entrar, tan despreocupados y sin miedo, en la selva enmarañada y dura del mundo.

Bien ajenos á estas cavilaciones, los cuatro herma-

nitos dejábanse llevar por la atractiva inspiración de sus sueños poéticos. Buscaban ahora apoyo en la realidad circundante para seguir fantaseando: el mayor, con cierta malicia escéptica y cierto afán de deslumbrar á los pequeños; éstos, con inocente y natural espontaneidad, que les arrastraba de modo irresistible. Por centésima vez en el día, volvieron á mirar un gran cuadro que colgaba de la pared, frente al balcón, iluminado ahora por aquella luz grisácea del crepúsculo y también, de costado, por reflejos brillantes de la chimenea. Era un lienzo antiguo, de factura holandesa, que representaba la Adoración de los Reyes Magos. En el centro, la Virgen, cubierto el busto por plegado manto que destacaba su azul verdoso sobre una especie de dorado tapiz, tenía en el regazo al tierno infante, desnudo del todo, coronado por el divino nimbo. A los lados, los tres monarcas orientales, con caras de vulgarísimos burgueses flamencos, trajeados de una manera medio convencional, medio realista, acercábanse adorando al niño Jesús y trayéndole ricos presentes; y en lo alto, sobre la arcatura de un pórtico que llenaba el fondo, lucía la estrella de oro, dejando caer un haz de rayos blanquíssimos semejante á la cabellera de un cometa. A pesar de la costumbre que tenían de ver aquellas caras, protestaban los niños de semejante representación de los Reyes. Las imágenes nacidas en su fantasía, eran muy otra cosa; y, además, como dijo el mayor, las figuras de barro del Nacimiento, «tenían otras caras».

—Y van montados,—añadió el segundo-génito, preciosa niña de suaves ojos azules. Dirigiéndose al abuelo: ¿Vendrán á caballo, ó á pié?—preguntó en seguida.

Antes de que contestara el anciano, ya los otros dos pequeños habían dado su opinión, naturalmente, distinta. Ambos reconocían á los Reyes el indiscutible derecho de ser plazas montadas; pero quería el uno que

viniesen en borriquillos morunos y el otro en velocipedos, por parecerle esto cosa más nueva y más digna de la majestad y riqueza reales. A lo menos, á él, si le dejasen manifestar sus preferencias, escogería el velocipedo.

La conversación giró al momento sobre cosas más positivas:—¿Qué traerán los Reyes? Y aunque ya varias veces lo habían preguntado, insistieron en averiguar si llegarían aquella noche, aquella misma noche.

—¿Qué duda cabe?—dijo la madre apartándose del balcón y viniendo á juntarse con los pequeños.—Vendrán; es el día fijado.

—¿Pronto, pronto, antes de cenar?—apuntó la niña.

—Creo que no. Cuando ellos vengan, estaréis ya durmiendo. Tienen mucho que hacer en el camino, y es natural que tarden.

—¿Pero nos oirán ahora, si les pedimos cosas chillando mucho, mucho?—preguntó el tercero con vivo afán.

—Sin que chilleis—contestó el abuelo, temeroso ya de las voces de los niños.—Son de oído finísimo esos señores.

—¿Vamos á cantarles en el Nacimiento?—insinuó el chiquitín.

No fué necesario más. Como grupo de alborotados pajarillos, que de improviso levantan el vuelo piando locamente, pusiéronse en pie los cuatro hermanos para correr hacia la galería, donde el Nacimiento, con sus figuras pintarrajeadas, sus montes de cartón y *rocaille*, sus placas de musgo arrancadas del vecino prado, esperaba para animarse á que los niños encendieran las luces y golpearan la alegre pandereta. Allá fueron todos con febril algazara, deseosos de agasajar mucho á los Reyes y congraciarse con ellos; y las infantiles voces sonaron bien pronto con brillantes tonalidades que,

apesar de su desconcierto, parecían fundirse en una rara y briosa armonía.

Quedaron solos el abuelo y la madre. La luz del crepúsculo se había apagado de tal modo, que no marcaba más que un rectángulo ceniciento sobre los cristales del balcón. El despacho se llenaba de sombras, y por contraste, el fuego parecía más vivo, más rojo, enviando á todos lados reflejos de incendio. Llamados en aquella hora sombría, evocadora de todos los recuerdos tristes, á consoladora intimidad, padre é hija hablaron de sus dos mayores preocupaciones: los pequeños, que comenzaban á vivir, y los mayores que habían muerto.

La doble viudez trajo abrumadora tristeza á la casa, antes alegre. El anciano, infatigable luchador de la inteligencia, que vió con estupor cómo desaparecía de su lado la compañera de toda la vida, vió también defraudada la esperanza de una prosecución de su obra en el mundo, con la prematura muerte del que era á la vez nuevo hijo y discípulo, á quien la envidia miserable, armando el brazo de la inhumana venganza, había arrebatado en plena granazón. Y desde entonces, cada vez que se hallaban solos, lejos de las escrutadoras miradas de los niños, padre é hija volvían sobre el inolvidable drama, siempre presente á su memoria.

Aunque hablaban con cierto misterio, para que desde fuera no les oyesen, la voz del anciano tenía acentos de indignación, de emocionada protesta contra las miserias, las injusticias, los horrores de la condición humana, más salientes para él que para otros, no sólo por el cruel golpe recibido, sino también por el agrio contraste con el optimismo tan natural á los obreros de la inteligencia, que, viviendo en un mundo abstracto, pierden de vista la realidad de las pequeñeces sociales. Poco á poco, la conversación fué languideciendo, trocándose de una parte en ahogados sollozos, de otra en frases entrecortadas y nerviosas. Al fin, reinó el silen-

cio... Parecían haberse dormido padre é hija; y en aquella calma de sepulcro, destacábanse con mayor fuerza los cánticos y voces de los niños, arrebatados en inocente y exaltada alegría.

La noche era ya completa. Los cristales del balcón no transparentaban mancha alguna de luz, y el fuego de la chimenea había crecido en color y en siniestros reflejos. El anciano, vuelto de cara hacia el testero donde colgaba el cuadro de la Adoración, podía ver, iluminada de rojo, gran parte de la figura de un Rey, que parecía bañada en sangre. ¿Qué extraña combinación de imágenes se formó en la mente del dolorido viejo, para que comenzase de pronto á notar movimientos de vida en el pintado lienzo, y se sintiera súbitamente contaminado por las mismas ilusiones que allá fuera tenían en impaciente espera á los niños? . . .

El fondo del cuadro empezó á retroceder, alejándose, alejándose, metros, kilómetros, claramente visible por cierta luz misteriosa de un suave tono plateado; formó una bóveda larguísima, sostenida á un lado y otro por columnas de blanquísimo mármol, y la perspectiva era tan natural y perfecta, que al aparecer al final, en lo más lejano, un grupo de hombres, no mostraba tamaño mayor que muñequitas.

—Ya vienen —pensó el anciano.—Son ellos. Y le palpité el corazón como, cuando niño, esperaba á los Reyes entre impaciente y miedoso.

El grupo fué avanzando y creciendo: era toda una comitiva de gentes variadas, unas á pie, otras á caballo y en camellos, conduciendo numerosos bultos.

—Son los regalos—siguió pensando el visionario.—Pero no veo más que dos Reyes; ¿y el otro, el otro? Movió un momento la vista y dió con él.

—¡Ah, vamos! está aquí ya; es este que va de rojo. Llegó antes y les espera.

Seguían avanzando, con extraordinaria rapidez,

Muy luego estuvieron todos á dos pasos del anciano. Descabalgaron los jinetes, y uno de los Reyes, de lueda barba blanca y cabellera canosa, acercóse á la butaca.

—La hora es llegada,—dijo.—Pide. Te será dado cuanto desees. Es la noche de las ilusiones y de los inocentes apetitos. Pide.

—No es á mi, no—creyó contestar el anciano.—Viene equivocada Vuestra Majestad. Son aquellos, los de la galería, mis nietecitos, que aguardan impacientes...

—¿No eres tú niño como ellos?—interrumpió el Mago.

—Los hombres vuelven á la infancia muy á menudo. Todos sois niños en el desear y en esperar un milagroso regalo.

—¡Niño! Si, puede que lo sea... Lo soy, sin duda, puesto que Vuestra Majestad lo dice,—balbuceó el anciano.—Y ¿qué puedo decir, qué puedo escoger de vuestros santos bagajes?

—Pide. ¿Quieres años de vida? Los viejos, somos por lo general miedosos de la muerte.

—¡Yo, no, no! Créalo Vuestra Majestad. No pretendo torcer el curso natural de mi existencia. Viví cuanto era posible. Trabajé por la verdad y por el bien. Ya nada podría hacer en este mundo, ni por mí ni por los otros. Dejemos que la lámpara se apague por sí misma en el momento fijado.

—¿Quieres oro?

—Nunca lo ambicioné.

—¿Qué desearías para ser feliz? Algo hemos de dejarte como señal de nuestro paso. Nuestras manos están hoy abiertas. Pide con fe y te será concedido.

Vaciló el anciano ante una idea que le surgió de pronto en el cerebro. Dulcísima esperanza brilló con tenue claridad en su espíritu... Con honda emoción, con palabras nacidas de lo más profundo y sano del alma, pidió así:

—Para mí no quiero nada. Contento estoy de lo que logré en la vida. Toda ella la acepto y la bendigo, con sus afanes, con sus dolores, con sus desengaños. Luchando he pasado por ella; siempre descontento de mi obra, siempre confiado en mi ideal. He buscado la verdad con ansia infinita, y mil veces me engañó el deseo de verla cara á cara. Recibí, no obstante, más de lo que merezco. Al través de los más agudos reveses, seguí caminando con la resignación en el alma, sin doblegarme, sin protestar, sin maldecir... Pero á medida que avanzaban los años, una honda amargura iba llenándome el corazón, porque á todo me resigné menos á la falta de amor entre los hombres. El gran anhelo de mi vida, yo que he querido tanto, ha sido que todos me quisiesen. Creí que para ello bastaba no hacer mal á nadie, dar á los otros el mayor bien posible. Ni aun así me libré de las más grandes tristezas que puede caer sobre un verdadero hombre: tuve enemigos; me persiguió la envidia, me desconoció la ingratitud; me engañó la hipocresía; me calumnió la malicia; me hirieron las maldades todas con cruel y terrible golpe... A todos perdono; á ninguno guardo rencor; de nada ni de nadie me duele el daño recibido sobre mi persona y mis bienes, ó sobre los que más amé en el mundo... No pido venganza. No odio á los delincuentes. Pero lloro lágrimas de sangre por el delito. Lo que en todo eso me commueve y me amarga es que sea posible; es que los hombres se lleguen á odiar, á envidiar, á maldecir, á perjudicarse mutuamente; que no se miren como hermanos; que puedan ser enemigos unos de otros. Quisiera antes de morir el consuelo inmenso de que todos los que me han hecho daño, viniesen á juntar su mano con la mía y á decirme que me aman, como hermanos míos que son. Que no me teman, ni me odien más por el temor. No, no les quiero mal, pero necesito que me amen... He ahí lo que pido. Puesto que me ofre-

ceis dones, dejadme ese, no para mí, para todos... Borrard del lenguaje humano la palabra «enemigo», la más cruel y amarga de todas.

Calló el anciano, y afanoso miró al Mago, que sonreía tristemente.

—Hace diecinueve siglos—contestó—que Aquel á quien fuimos á adorar, vino al mundo para eso que tú pides. Dió su vida en prenda; y con ser tan grande el sacrificio, no ha logrado aun fructificar entre los hombres. No está en nuestra mano hacer más de lo que el divino ejemplo no ha hecho.

Rápidamente, fuéronse borrando, tras estas palabras, las figuras de la comitiva regia. Tendió hacia ellas sus brazos el anciano, queriendo detener al venerable Rey que desaparecía; y con mortal angustia, le gritó:

—Y esos, esos que ahí fuera os aguardan, ¿quedarán entregados también al odio de sus semejantes? ¿No tendréis misericordia de ellos?

A punto de extinguirse, la sombra ya lejana del Rey volvió la cabeza, y sus labios se movieron diciendo algo.

El anciano oyó las palabras, escuchó la sentencia:

—Ellos mismos han de redimirse. En medio de lágrimas, nacerá el amor.

Borróse del todo el cuadro.

Al despacho llegaron entonces, más alegres y alborotadas que nunca, las canciones de los cuatro niños que seguían pidiendo á los Reyes.



FLORES DE INVIERNO

Lentamente, subían la cuesta los tres amigos. Vicente, el pintor, pensaba en sus cuadros, y con la mirada pedía á cada momento á la Naturaleza colores nuevos, figuras originales, sensaciones inspiradoras. Julio, el poeta, soñaba con sus obras futuras en que había de encarnar todo su amor á la tierra nativa, todo el lujo de bellezas vistas sólo por él en medio de la prosa diaria de la vida rural. El tercero, Andrés, no era nada: ni pintor, ni poeta, ni músico; pero era más que todos para sentir la belleza abrumadora de aquella mañana de enero, caliente como las de mayo, deslumbradora de luz triunfante en un cielo azul que se hundía en profundidades misteriosas, donde los ojos perdíanse atraídos por la grandiosidad de la masa. Era Andrés un enfermo, un sentenciado á cercana muerte que todos los días avanzaba hacía él un paso, avisándole con golpes de tos que removían las entrañas del pobre tísico. Su último refugio, el campo, aquel campo de Levante, sequerón, blanquizco—tan diferente de sus prados del Norte, siempre verdes y frescos, donde se había deslizado toda su niñez entre la blandura de los pastos en que se revolcaba y la sombra de los castaños

vetustos, llenos de erizos,—le iba defendiendo, defendiendo, como una muralla de edredones que lo aislaba del invierno de afuera y le daba calor suavísimo, reconfortante. Cada día de sol era para él un cántico á la vida, más hermoso que todos los planes de Julio el poeta, que todos los bocetos de Vicente el pintor. Por eso caminaba, radiante el rostro, la mirada risueña, por aquella hondonada del camino, ahogada entre dos paredones de caliza blancos y rojos, abrasados por el sol, padre de la vida; y en su interior iba componiendo Andrés el más glorioso poema que jamás se inventara, el poema de la salud, de la fuerza, del retorno á la alegría, esa alegría indefinible del sér que se siente otra vez activo en medio del mundo que le solicita á desplegar energías.

Absorbidos los tres en sus respectivas preocupaciones, apenas hablaron. Un deseo común les unía, sin embargo: llegar arriba, á lo alto de la cuesta, para contemplar la inmensa llanura en que la ciudad vecina, próxima al mar, rodeada de un bosque de almendros y naranjos, en un ambiente á la vez de azahar y de sales marinas, elevaba su blanco caserío. Andrés afanaba el paso sin miedo á la fatiga de los pulmones, apoyándose fuertemente en el bastón que á trechos se hundía en los montones de polvo de la carretera; y los otros enfrenaban sus ímpetus para no dejarse atrás al pobre enfermo, para hacerle creer que corría como ellos, como los sanos.

Y cuando llegaron al fin y se detuvieron al comienzo de la vertiente opuesta, un grito de admiración escapó de sus bocas.

La llanura, amplia, uniforme, rodeada por Norte y Este de montañas altísimas, ceñida al Sur por el mar en que centelleaba la luz del sol, parecía un inmenso campo de nieve. Todos los almendros, desbordados en floración prematura, abrian al calor de aquella prima-

vera invernal las fuentes de su nueva vida, los botones rosados y blancos por donde estalla la olorosa savia, precursores del fruto dulce y suave. Y sobre la gran masa de arbolado que cubre la llanura toda, extendíase hasta perderse de vista el manto niveo de las flores, destacándose fuertemente del suelo gris, rojizo, de las hojas nuevas, verdes y frescas, y de los sembrados que á trechos asomaban su aterciopelada alfombra por entre los negruzcos troncos. Bajo aquel cielo azul, al resplandor de aquel sol ardoroso, emanaba de la llanura tal explosión de vida soberbia y arrogante, que los tres jóvenes sintieron como si la sangre les hirviese, y se despertaron en ellos fuerzas nuevas, de poder desconocido. Los almendros llegaban casi hasta la orilla del mar, y su espléndida blancura parecía, desde lo alto, unirse con el prusia intenso de las aguas, formando como una bandera inmensa bicolor, extendida sobre el mundo y en la cual el centelleo del sol ponía bordados de oro brillantísimos.

Con nuevos gritos de placer, de admiración entusiasta, bajaron por la vertiente los tres amigos. Al llegar al primer grupo de almendros, Andrés alzó el brazo y cogió una flor, cuyos pétalos, frágiles y temblorosos, exhalaban un dulce perfume de rosa. Triunfalmente la puso en el ojal de la chaqueta; y al empujarla por el tallo corto y grueso, se deshojó, como si huyese del contacto del hombre. A la vez, Julio, llenas las manos de flores, exclamó hablándoles con esa fantasía del poeta que lo personifica todo:

—¡Pobrecillas, hermosuras de un día, frágiles hijas de los amores casuales del sol y la tierra! ¡Pena me dais: os creéis eternas como el amor mismo, sin pensar en la helada traidora que caerá sobre vosotras cualquier noche! ¡Flor del almendro: flor de la imprevisión debieran decirte! ¡Al primer rayo de sol, ya todo enero os parece primavera invariable!